

# LAPURZULU



(IMPRESIONES SUBTERRÁNEAS)

## I

Dicen que había una partida de ladrones que tenía en jaque á todos los pueblos vecinos de aquellosparajes y á todos los caminantes que por semejantes andurriales habían de pasar.

El valle de Arratia y el de Orozco, Barambio, Murguía, Berricano, Villarreal, Ubidea y Ochandiano no tenían momento de tranquilidad ni sosiego en la persecución de los bandidos, cuya madriguera indudablemente se había de hallar en Gorbea; pero Gorbea es grande y tiene más rincones y agujeros que un ministerio.

A fuerza de fuerzas fueron los vecinos pacíficos dando buena cuenta de los bandidos; pero quedaba el rabo por desollar, es decir, peor que esto; no era el rabo, sino la cabeza, el capitán, á quien no se podía conseguir matar ni coger.

Se brindó un zapatero de Murguía á componérselas de manera que había de dar con la guarida del capitán y apoderarse de su persona: para esto se dejó sorprender por el famoso ladrón y le propuso compartir con él sus tareas de desbalijar al prójimo; tan bien debió hacerlo, que el capitán llegó á confiarse completamente y por último cayó en la

trampa, quedando desde entonces aquellas tierras libres de tales procedimientos de transmisión de bienes.

Naturalmente que la guarida de ladrones debió sei lo que después se ha conocido con el nombre de Lapur-zulu, y como el zapatero de Murguía, á pesar de la confianza que en él llegó á tener el capitán de bandidos, consiguió apoderarse de su persona, pero no descubrir el escondrijo del tesoro, éste quedaba para futuros más sagaces y afortunados.

## II

Pasó mucho tiempo, y allá por la carlistada última ó no sé si recién acabada la guerra, cuando todavía en el canto de los duros españoles había justicia y libertad, unos cuantos jóvenes de Orozco trataron de hacer exploraciones en Lapur-zulu, exploraciones de las que no sacaron más que una convicción: la de que su pobre inteligencia aldeana no les iluminaba ni guiaba lo suficiente en aquella confusión de agujeros y era preciso el auxilio de otra inteligencia superior; ésta inteligencia superior no podía ser otra que una adivinadora, pues las personas sesudas y sensatas no hacen caso de ilusos y aventureros.

Efectivamente, acudieron nuestros jóvenes á una adivinadora de Bilbao, porque la superstición dicen que se alberga en las montañas, pero sus flores más preciadas se cultivan en las grandes poblaciones; echó sus cartas y haría los demás menesteres para venir á parar en dárles sus sabios consejos y reglas de buen camino que, seguidos al pie de la letra, les pondrían en posesión segura del tesoro; sin perjuicio de la participación que le correspondiera en éste, cobró la consulta por adelantado, como podría hacerlo un letrado cualquiera.

Siguieron los aldeanos los consejos de la adivinadora; pero sea por haberla entendido mal ó sea que los datos que la pudieron aportar en la primera consulta no eran suficientes ni seguros, el caso es que ni encontraron el tesoro ni la topografía interior de Lapur-zulo coincidía en absoluto con el plano que, según las explicaciones de la adivinadora, se habían forjado en su imaginación.

Volvieron á consultarla, y en esta segunda consulta precisó más sus instrucciones y les aconsejó que en el interior de Lapur-zulo se divi-

dieran en dos grupos para seguir en sus investigaciones, que siempre ha dado gran fruto para otras personas el que los cándidos se dividan en dos grupos.

Llevaron provisiones de comer, beber y arder para pasar varios días dentro de Lapur-zulo, y cumpliendo las instrucciones de la adivinadora, al llegar á cierto punto á donde tenían que descolgarse con cuerdas, se dirigieron un grupo por un agujero y el otro grupo por otro agujero.

Siguieron, siguieron más adentro trabajando con fe y ahinco, y en uno de los ratos de descanso de uno de los grupos llegaron á sus oídos las voces y ruidos de trabajo del otro; sin duda, en los laberintos interiores de Lapur-zulo, andando en dirección apartada unos de otros y creyendo alejarse cada vez más, llegaron á acercarse aunque á diferentes alturas; como al ruido no le detienen las tinieblas, como el ruido mejor que la luz sigue los caminos torcidos, tanto más si choca con paredes duras y tanto si viene de abajo como si viene de arriba, oyeron sin ver y creyeron reconocer las voces de sus compañeros de busca.

Para darse á conocer á su vez y facilitar la reunión de los dos bandos por camino aún desconocido, se les ocurre por primera providencia empezar á dar gritos de llamada y alegría; estos gritos, retumbando en las paredes cavernosas, se desfiguran y hacen ininteligibles, llegando á los oídos del segundo grupo como algo tan extraño y aterrador, que lo toman por voces de ánimas; sobrecogidos de espanto se ponen á cantar el Kyrie Eleyson: llegan estos cánticos misteriosos á oídos del primer grupo, se asustan á su vez, y unos y otros, con toda la prisa que las condiciones del sitio les permite, vuelven las espaldas al anhelado tesoro y acaban por reunirse al pie del pozo por donde primeramente se habían descolgado.

No saben dónde ni cuándo vieron el esqueleto de un animal extraño, más grande que un lobo, y que acabó con los pocos ánimos que aún les quedaban; pero el mismo terror les debió sacar fuerzas de flaqueza para halarse á lo alto del pozo y salir después lo más pronto posible de la luz del cielo, digo del cielo porque no sé si era de noche ó de día y si estaba nublado, con sol ó estrellado.

## III

Pasemos ahora de los tiempos mitológicos del zapatero de Murguía y de los tiempos heroicos de los jóvenes de Orozco, al periodo histórico.

Aquellos jóvenes tienen ya sus dos duritos de vida, pero todavía conservan el vigor y la memoria, y bien podemos decir que también los ánimos, sólo amortiguados por aquel esqueleto fiero é infernal; sus aventuras juveniles dan motivo á conversaciones y bravatas de limonada, llegando á oídos del simpático médico del valle; se fija en la descripción que del animal hacen los testigos presenciales y se propone hacer una exploración en las mejores condiciones posibles de seguridad; comodidad y éxito.

Somete aquellos toda una serie de preguntas con objeto de preparar bien todos los utensilios oportunos: cuerdas gruesas, largas y fuertes, poleas, cinturones de bombero, teas, faroles, hachas, picos y azadones, serones, etc., etc.

Invitados el Dr. Areilza y el que esto escribe á correr el mismo albur con otros amigos, prepáranse también las provisiones de boca y caballerías para los expedicionarios y nos reunimos en la cabeza del valle para el primer acto social: una limonada.

Después de la limonada, que se llama así á pesar de tener mucho más chacolí que limón, mucha más frescura que agua y mucho más de comida que de refresco, con no ser éste atenuado, emprendimos la ascensión del Gorbea pasando por Zaloa á la campa de Arraba y de aquí á la vertiente de Iguiriñao.

Junto á una chabola de piedra y césped y cerca de un arroyo limpio y fresco se enciende la lumbre para preparar la cena, de que pronto damos buena cuenta; se acomodan los de Orozco con los pastores en alguna otra chabola y nosotros cinco nos acomodamos en aquella; digo nos acomodamos, no por la comodidad que buscásemos, sino porque era menester modo para atinar como habíamos de caber cinco donde ordinariamente duermen dos pastores.

Ello fué y pasamos ia noche sudando la gota gorda y suponiendo que las causas de aquel sofoco serían el ser tantos en tan poco sitio y el

haber quedado llena de humo la parte superior de la chabola; pero al salir al aire libre á la mañana siguiente vimos que el césped que la cubría estaba ardiendo por la parte correspondiente á la cabecera, que es hacia donde se había hecho la cena.

Dormir en una casa que ha estado quemándose toda la noche y levantarse por la mañana tan tranquilos, cosa es para pasada y no sabida.

De Iguiriñao bajamos un corto trecho por junto el arroyo, y al Hagar á cierto punto más abierto dejamos éste y por entre peñascos hacia el Norte llegamos á Lapur-zulu.

En el fondo de una especie de embudo y mirando, sino recuerdo nial, á Oriente, hay un gran portalón, que por su tamaño y forma podríamos comparar con la entrada de una catedral; el piso en todo este pórtico está lleno de grandes piedras sueltas y esquinudas, y por entre ellas aparece agua encharcada; las paredes rezuman, y si á la entrada crece el verdín, más adentro se crían las estalactitas.

Ya nos han precedido varios hombres que cortaron unos árboles y tomaron sus medidas para acomodar una especie de cabria.

Pasamos al interior del pórtico y un poco á la izquierda gateamos cuesta abajo por un agujero no más alto de una vara hasta dar con la abertura del pozo, en cuya cornisa hay sitio para tres ó cuatro hombres de pie derecho.

Aquí apoyan un tronco por su parte inferior entre la cornisa y la pared, por su parte superior entre el techo y la pared opuesta que no tiene cornisa, le apuntalan como pueden con otros troncos y le atan hacia el medio una polea; pasan por ésta una larga cuerda, cuyo extremo forma una especie de estribo para el pie y un poco más arriba se sujeta al cinturón; de la otra parte de la cuerda tienen tres hombres, agarra un guía una tea y se deja colgar en el vacío.

Por no estar la polea muy al centro, la cuerda roza con el borde de la cornisa y quizás habría el peligro de que desprendiese alguna piedrecita que con la velocidad adquirida en la caída, si dá sobre la cabeza, produzca la fractura del cráneo.

Llega felizmente abajo el primer hombre y luego el segundo y así sucesivamente nos reunimos abajo, si mal no recuerdo, seis personas; en cuanto á la altura del pozo no puedo precisar cual fuese, pues no tomé medida, y á la luz de las teas, lo mismo abajo que arriba, es difícil apreciar distancias en la vertical; pero por el tiempo que se tarda

en ser descolgado, bien podría ser mayor que la de una casa de cinco pisos.

Una vez abajo todos y descendiendo más todavía por peñas, nos encontramos con varios agujeros laterales.

—¿Por cual fueron?—les preguntamos, y mostraban cierta indecisión.

—Es que ha crecido la piedra—nos contestaron, aludiendo á la capa estalactítica que cubría el borde superior de uno de los agujeros y que en su parte más externa todavía tenía una consistencia como de limonada garapiñada.

Nos decidimos por este agujero y hubimos de doblar la cerviz al mismo tiempo que nos valíamos de pies y manos para no resbalar, pasando á lo largo una rampa que no sabemos cómo terminaba por su parte inferior, si en arroyo, en piedras ó en abismo.

Después de otros pasadizos tan dificultosos, aunque con menos peligro, llegamos á un callejón sin salida y con algunas estalactitas de cierto aspecto artístico; el piso estaba cubierto de aluvi6n con caracoles y sobre 6l revoloteaban algunas moscas; callej6n sin salida para nosotros, debía tenerla para las moscas; pero no quisimos intentar nada en este sentido, pues no era esto lo que más nos interesaba por entonces.

Un poco antes, en la pared lateral, había un agujero á cierta altura sobre el piso, y éste agujero tendría la altura de una banqueta ó de un nicho de cementerio, es decir, menos que el largo del muslo de un hombre; por 6l nos metimos uno tras de otro arrastras, pues ni á gatas se cabía, respirando el humo de la tea del delantero, tocando con las narices la suela de los zapatos del predecesor, empujando el cuerpo con los codos, rozando el techo con cabeza y espinazo y con la impresión de que el pecho no encontraba sitio para ensancharse con la respiración.

Pasado este trance, que no podía ser muy largo para salir con bien de 6l, abocamos á un recinto sin otra salida, profusamente adornado de estalactitas y que mismamente parecía una capillita de reducidas dimensiones, pero que por eso no tenía nada que envidiar á obra humana.

La vuelta por el mismo sitio aún tenía la agravante de ser cuesta arriba, aumentando la impresión de ahogo y haciéndome recordar mi repugnancia de tiempos infantiles para meterme debajo de una cama en

el juego del escondite: los miedos de chico nada tienen que ver con la voluntad del hombre.

Ya muy cerca del pie del pozo no sé qué duda nos ocurrió, el caso es que aquel rastreo que de tal manera oprimía la respiración y producía el anhelo de llegar á su fin, decidimos repetirlo, y así lo hicimos, naturalmente que con la ida y la vuelta correspondiente, sólo por algún empeño que se refería á nuestra exploración, pero que no dió resultado.

Habían pasado buenas horas y era menester decidirse á salir, cuando hé aquí que al pie mismo del pozo y á la entrada de otro agujero inferior que no habíamos utilizado, salta á nuestra vista primero un colmillo, luego una quijada, después un occipital, falanges de dedos y otros huesos de un animal, que por la forma y tamaño de los huesos debió ser un oso; pero no un oso de las cavernas ó prehistórico, sino de la misma especie de los que todavía viven en los Pirineos aragoneses y catalanes y en los Picos de Europa, cara á Asturias y cara á Castilla; algún pobre infeliz que se cayó por el pozo abajo y no necesitaba más para morir, que sino también se hubiera muerto de hambre.

Recogidos los restos mortales del oso fueron halados por los hombres de lo alto y salieron á la luz del día mucho antes que nosotros; nos tocó también la vez uno después de otro y entonces pudimos apreciar cuánto más difícil es hacer subir que hacer bajar, lo mismo en un pozo que en el gusto artístico de un público ó en la educación de la juventud.

Se puede ir dando cuerda en movimiento uniforme para el descenso; el movimiento de ascenso ha de ser, por el contrario, por tirones rápidos alternados con descansos de respiro y cambio de posición de los brazos.

Cuando le descuelgan á uno vé los salientes de la peña, con que es posible tropiece, antes de que lleguen á encontrarse junto á los pies, rodillas ó manos; cuando halan el primer tropiezo lo sufre la cabeza y los giros de la cuerda no permiten parar el golpe; si se desvía la cabeza tropiezan las rodillas y ciertos movimientos quedan cohibidos por miedo á desprenderse del cinturón.

El sombrero, que se había rozado con techumbres bajas de barro y de cayuela dura y blanda, roza también con los salientes peñascos de la pared y vá á parar á donde cayó en otro tiempo el oso.

Por fin asoma la mitad de mi cuerpo por encima del borde de la cornisa; pero se engancha el cinturón bajo ésta y hay que volver á descender un poco para no quedarme sin sostén; un último esfuerzo y con innumerables rozaduras en brazos y piernas, llega uno á poner los pies sobre la cornisa.

A pesar de que la única luz que allí hay es la rojiza de las teas, dicen los hombres de la polea que todos tenemos la cara blanca como el papel; recomiendo el dato á los pintores y físicos.

El primer saludo es invitarnos á volver á bajar; nuestro apuro pasamos, pero ellos se figuran más todavía

Salimos á gatas al gran portalón, y al divisar la indecisa luz blanca de un día de niebla que bajaba por el embudo y se metía en el vestíbulo de Lapur-zulu, nos hizo la impresión de que habíamos resucitado.

Eran las dos de la tarde, y en el borde superior del embudo, envueltos en una neblina que no dejaba ver á diez pasos, nos rehacemos con un bacalao más salado de lo conveniente y emprendemos la bajada á Zalao.

Al llegar á este punto nos salen todos á recibir con gran curiosidad, y emulando á Santo Tomás palpan las viejas los sacos para convencerse de que real y verdaderamente nos llevamos los huesos de la fiera infernal.

Llegamos á la cabeza del valle y casa del Dr. Muñoz, donde cenamos y podemos descansar los músculos, pero no la cabeza por el exceso de fatiga.

A pesar del insomnio es un placer estar á pierna suelta en la cama, pues todas las horas de la noche no son bastantes para aburrirse; bien escasísimo ha sido el éxito de la expedición, pero se la recomiendo á los aburridos por la lectura.

#### IV

Malos trances se pasan en Lapur-zulu, y aún son peores las opresiones morales que se sufren en los centros de confección de funcionarios, aunque otra cosa afirmen los que tienen padrino, y en este caso se encuentran muchos que no lo parecen.

Para los que nunca han querido ser ni empleados ni guardias civiles, es incomprensible el primer pareado de aquellas aleluyas madrileñas:

En el principio era el caos  
y no había ni empleos.

Eztaere lapurzulorik.

TELESFORO DE ARANZADI.

